

COMEDIA UNIVERSITARIA | CONVOCATORIA 2021/22



# LA MIRADA EN EL AGUA

de Jorge Ricci

**UNL**

UNIVERSIDAD  
NACIONAL DEL LITORAL

SECRETARÍA DE  
EXTENSIÓN SOCIAL Y CULTURAL

*(La historia transcurre en los tiempos actuales y por las veredas de una pequeña ciudad sudamericana. El Gordo y Teresita, los actores de provincia, van de norte a sur, en sentido contrario al agua que se ha desmadrado del río y puede llegar a borrarlo todo. En distintos momentos de la caminata se les aparecerá Tito. Es un día cualquiera y todo sucede en horas de la tarde. El Gordo va en sillón de ruedas y es un cincuentón destrozado. Teresita, sesentona y rubicunda, lo acompaña como una enfermera. Tito, espigado y doblado por el tiempo, tiene un aire grotesco, alucinado).*

## ESCENA 1

GORDO. –El Boulevard Gálvez. Para nosotros como decir Corrientes, Gran Vía, Quinta Avenida.

TERESITA. –Si te ponés elegíaco en la primera cuadra, cuando lleguemos al Parque vas a ser una torta de mocos.

GORDO. –Si llegamos antes de que el agua borre todo.

TERESITA. –Mirá que me basta un simple empujoncito para que cualquier camión complete la trama.

GORDO. –Vamos a cruzar nuestra vida.

TERESITA. –A cruzar veinte cuadas.

GORDO. –Bastarda realista.

TERESITA. –Y vos dejá de poetizar porque te aflojo las ruedas.

GORDO. –Gordita avejentada.

TERESITA. –Te desenchufo el respirador.

GORDO. –Turista resentida.

TERESITA. –Mirá qué tarde para enamorarse de la luz.

GORDO. –Cineasta.

TERESITA. –La calle es el mayor escenario.

GORDO. –Narrador.

TERESITA. –Narradora.

GORDO. –Hoy narradora, mañana nadadora.

TERESITA. –Sí, la cosa anda por la nada.

GORDO. –Pero te acepto que la tarde está preciosa.

TERESITA. –Se avecina tragedia. Y no digás que la vida es un teatro porque te tiro debajo de ese Leyland.

GORDO. –Pará, pará el carrito. No es hora de pelear ¿no te parece? Yo te hice venir para otra cosa, no para buscar roña. Cuando pensé en esta patriada, vos fuiste la

primera imagen que se me vino a la cabeza. Teresita, me dije; Teresita tiene que acompañarme en este viaje; ella nos conoce más que nadie; a la ciudad y a mí.

TERESITA. –Gordo... Estamos en el cantero central del Boulevard. No es lugar para filosofar.

GORDO. –Pará, te digo. Mirá el boulevard. El este es agua y el oeste también. Dos ríos al final o lagunas o riachos de esos ríos. Esta ciudad es una ínsula casi; agua por venir. Y hoy más que nunca es agua porque los ríos buscan abrazarse.

TERESITA. –Sacá la tranca. Sacá la tranca o nos atropellan. No ves que disparan todos para el norte.

GORDO. –Y nosotros al sur, al agua, al crepúsculo, a lo que tenemos que ver por última vez.

TERESITA. –¿Para qué me habré metido en esto? ¿A qué vine?

GORDO. –A empujar el carrito hacia el pasado.

TERESITA. –A cumplir con tu capricho suicida.

GORDO. –¿Estás nerviosa?

TERESITA. –No hay auto que no me roce el culo ¿y vos me preguntás si estoy nerviosa?

GORDO. –No hablo de los autos. Hablo del agua que irá borrando los recuerdos.

TERESITA. –No te pongás trágico.

GORDO. –Se caerán los puentes, las defensas.

TERESITA. –Si se me mojan las medias pego la vuelta.

GORDO. –No vas a poder. Te va a matar la curiosidad.

TERESITA. –¿Qué curiosidad?

GORDO. –Ver cómo se borra todo.

TERESITA. –Soltá la tranca.

GORDO. –Ya la solté.

TERESITA. –Ahora sí que comienza San Martín.

GORDO. –La calle de nuestros pobres teatros de provincia.

TERESITA. –No queda uno.

GORDO. –Están, están.

TERESITA. –¿Dónde?

GORDO. –En la memoria.

TERESITA. –Vos hablás como un muerto.

GORDO. –Comprá *La Región*. A lo mejor estoy en la página de fúnebres.

TERESITA. –Hacete el gracioso.

GORDO. –No, me hago el muerto.

TERESITA. –Van a pensar que te llevo a enterrar vivo.

GORDO. –Así decía mi viejo, pobrecito.

TERESITA. –Don Alberto. Mirá que era bueno. ¿A qué edad murió?

GORDO. –A la que yo tengo ahora.

TERESITA. –No jodás.

GORDO. –No jodo. Por eso practico.

TERESITA. –¿Practicás qué?

GORDO. –Morirme.

TERESITA. –No me gusta este juego.

GORDO. –Lo siento. No tengo otros naipes.

TERESITA. –Naípe marcau.

GORDO. –¿Era un tango o el nombre de un guapo?

TERESITA. –Qué sé yo. Me fui hace demasiado tiempo. Todo lo que recuerdo es la cárcel.

GORDO. –Algún día, en este país, van a ir preso los malos.

TERESITA. –Los malos gobiernan.

GORDO. –Y escriben su propia historia.

TERESITA. –¿Ves? Esto sí me conmueve. Esa luz tan nuestra. Veo esa luz y me dan ganas de tomar cerveza.

GORDO. –Sí, pudo ser un país hermoso y lleno de teatros.

TERESITA. –¿Cuántas cuadras pasaron?

GORDO. –No sé. Estamos llegando a... ¿Obispo o a Santiago? ¿O ya estamos en Junín?

TERESITA. –¡Qué información más imprecisa! Yo me fui pero vos te olvidaste de todo.

GORDO. –La ciudad es otra, Tere. Ya no es aquella en la que uno creía estar.

TERESITA. –Afuera es igual, Gordo. Uno siempre está en otro lado.

GORDO. –Cruzá, cruzá rápido o nos pisan estos hijos de puta.

TERESITA. –¡Uy! Cuánto hace que no caminaba por estas veredas.

GORDO. –Cruzá ¿querés?

TERESITA. –Ya crucé, cabrón. Calladito la boca o lo estrello contra los árboles.

GORDO. –Entonces vuelvo a las páginas de *La Región*: “Actor discapacitado fallece en absurdo accidente. Con lesiones leves, se repone su acompañante, una actriz extranjera.”

TERESITA. –Mirá la luz entre los árboles, dan ganas de tener veinte años.

GORDO. –¿Y ahora por qué parás? Si acá no hay nada, puros edificios burgueses y lugares de diversión para los espeluznantes retoños de estos poderosos. Olor a cogotudo hay acá. Seguí ¿querés?

TERESITA. –“Si querés ver la ciudad por última vez, venite urgente, el agua lo va a borrar todo. Gordo.”

GORDO. –El telegrama que te...

TERESITA. –¿Por qué hacés esto, Gordo?

GORDO. –Porque cada vez que pensaba en lo que se viene, terminaba pensando en lo que se pierde. Me entró la nostalgia. Al pedo! Pero me entró la nostalgia.

TERESITA. –Está bien. Esta ciudad es tu vida ¿no?

GORDO. –Mi vida es el teatro.

TERESITA. –Pero lo hiciste acá y de esto estuviste hablando por todas partes.

GORDO. –Uno no habla de esto, habla de algo que se le parece.

TERESITA. –Bueno, te querés despedir de algo que se le parece a lo que te pertenece.

GORDO. –Eso está mejor.

TERESITA. –¿Y por qué me llamaste a mí?

GORDO. –Mandé cien telegramas.

TERESITA. –¿Fui la única en responder?

GORDO. –La única.

TERESITA. –¡Qué raro! Una de las primeras en irse, es la primera en volver.

GORDO. –Volver fue cosa tuya. No responder fue cosa de los otros. Y llamarlos fue cosa mía. Yo me quiero despedir de lo que construimos nosotros, los actores, no de lo que construyeron los otros que están por acá, esos guardan otros recuerdos.

TERESITA. –Yo vine por vos. No, por aquello también. Es decir, vine por vos, por mí y por aquello... ¡Qué lindo hubiese sido que vengan todos!

GORDO. –No. Ni pensarlo. Eso hubiese sido una superproducción. Y en estos tiempos hay que moverse con equipos reducidos.

TERESITA. –¿Entonces no mandaste los otros telegramas?

GORDO. –Los hice pero no los mandé; mandé el tuyo nomás.

TERESITA. –¿Por qué el mío?

GORDO. –Una corazonada. Te recordaba generosa.

TERESITA. –¿Como mi personaje de “Inocencia”?

GORDO. –Sí, algo así.

TERESITA. –Si me mareo, me das esta pastilla naranja, es para la presión. Si me viene la taquicardia, es esta otra, la roja. Van a ser muchas emociones y ahí siempre me sube la presión o me viene la taquicardia.

GORDO. –A mí dame todas las pastillas juntas y poneme el respirador.

TERESITA. –¡Qué lástima que no mandaste los otros telegramas!

GORDO. –Hubiese sido lindo ¿no?

TERESITA. –La divina comedia.

GORDO. –Bueno, Beatrice y el Dante ya están, en una de esas encontramos un Virgilio.

TERESITA. –Agarrate bien fuerte que arranco.

GORDO. –Si te mareás, decime.

TERESITA. –Te vas a dar cuenta porque me voy a caer redonda.

GORDO. –¡Qué fuerte que vas!

TERESITA. –Hay que aprovechar la luz y llegar antes de que anochezca.

## ESCENA 2

GORDO. –¿Te das cuenta que somos dos fantasmas? Nadie nos ve. Nadie nos mira.

TERESITA. –Exagerás. Recién ese señor te miraba con suma simpatía, como diciendo “si te habré visto actuar”.

GORDO. –¿Qué señor?

TERESITA. –El viejito de sombrero y moño.

GORDO. –¡Ah, Don Streiger! Pero son diez como él. Espectadores de toda la vida. Abonados del teatro independiente. A esa gente le tendríamos que haber dado el premio Máscara y no andar repartiéndonos ese cachivache entre nosotros. Veleidosos fuimos.

TERESITA. –Esos diez, mañana serán veinte y después treinta.

GORDO. –Tan fácil como descular hormigas.

TERESITA. –¿Pero hubo una época en que los teatros se llenaban?

GORDO. –La época de oro.

TERESITA. –¿Y vos creés que todo eso se perdió para siempre?

GORDO. –Andá, hacé la prueba. Pará a uno cualquiera y preguntale si conoce al Teatro de los 21 o al Grupo 67 o al Llanura.

TERESITA. –Bueno, voy. Mejor lo hago en la esquina. Ya vengo.

GORDO. –¡Putá! Ésta me dejó en medio de la vereda y se vienen unos pibes en bicicleta. ¿Por qué no me puso contra la pared? Son capaces de llevarme por delante. ¡Cuidado, chicos! Soy un discapacitado... Se detienen. Vuelven sobre sus pasos o sobre sus ruedas. Pero no es por respeto, no; es porque les resulto abominable, como todo lo viejo.

TERESITA. –¿Qué estás mascullando, viejo loco? No te puedo dejar un minuto. Cómo has cambiado, Gordito. Cuando viniste al Grupo eras un niño, un muchachito pueblerino : lleno de vida, de ilusiones. Ahora todo lo ves negro.

GORDO. –¡También! Cuarenta años de malos gobiernos, dictadura, guerrilla, populismo, media vuelta y adentro.

TERESITA. –Y un poco de tu parte.

GORDO. –¿Querés que te confiese una cosa?

TERESITA. –¿Qué?

GORDO. –Desgraciadamente sigo pletórico de vida y lleno de ilusiones. Soy incorregible.

TERESITA. –Los dos. Todos nosotros somos incorregibles. Vida de artistas... En Caracas, cuando a los pobres de los morros el agua les lleva sus pertenencias, se ponen a cantar, cantan a todo lo vivido entre esas humildes construcciones que se pierden con la catástrofe. Nosotros hacemos algo parecido, le cantamos a los recuerdos.

GORDO. –¿Preguntaste?

TERESITA. –A un hombre y a una mujer.

GORDO. –¿Qué te dijeron?

TERESITA. –Que no conocían nada de eso.

GORDO. –Estamos en paz. Hemos desaparecido antes de tiempo.

TERESITA. –Bueno... Quedate quieto que tengo que avanzar.

GORDO. –Te hacés la mala pero no lo sos.

TERESITA. –De ser buena ya estoy harta.

GORDO. –Se nos acaban los árboles.

TERESITA. –Con todo lo que se los necesita en esta olla húmeda y calurosa. Esta ciudad sería otra si estuviera bajo una fresca fronda.

GORDO. –Pero perdería su bien ganada fama de suplicio climático. Acá se quejan hasta los africanos.

TERESITA. –No importa. Las ciudades deben ser pensadas para la gente y no para la leyenda.

GORDO. –En ese caso habría que plantar buenos árboles y buenos gobernantes.

TERESITA. –¿Y por qué no? No se puede pensar en hacer las cosas bien.

GORDO. –Ya es tarde.

TERESITA. –Me estás cansando con tu escepticismo. Otra mala onda y te tiro al medio de la calle.

GORDO. –No vas a poder. No pudiste ser mala ni con tus verdugos. Por eso cuando subís a un escenario te parecés a un ángel.

TERESITA. –Esa no soy yo. Ese es mi personaje de Inocencia. Yo guardo rencor. Lo que pasa es que no creo en “el ojo por ojo”. No sirve. Lo bueno es mejorar el mundo hasta donde se pueda.

GORDO. –¿Y por eso te viniste desde Buenos Aires?

TERESITA. –¡A lo mejor! Las situaciones límites nos mejoran.

GORDO. –¡Artaud! Ese loco lo dijo con todas las letras. Atletas del corazón, quería, no meros actores.

TERESITA. –Bueno dejate de buscar el pelo en la leche. ¿Qué querés hacer? ¿Ir viendo hasta que se venga el agua? ¿Rememorar? ¿Volver a vivir lo pasado? ¿Qué?

GORDO. –Yo ya no sé si estamos viviendo o recordando. Pero una sola cosa me entusiasma: seguir hasta que se nos venga el agua.

TERESITA. –Vamos a tratar de llegar al Parque Sur. Cuando quieras parar me decís.

GORDO. –No va a ser necesario. Vos misma te vas a dar cuenta dónde hay que parar.

TERESITA. –No creas. A mí esta ciudad se me confunde con otras ciudades y con otros afectos.

GORDO. –A mí también. Nadie vive en un solo lugar.

TERESITA. –Es cierto.

GORDO. –Camino a veces por la Peatonal y no conozco a nadie. Qué hago acá, me digo. Por qué no estoy en otra ciudad donde también voy a ser extranjero.

TERESITA. –Agarrate bien fuerte que voy a acelerar. No paro hasta la otra cuadra. Hasta aquella calle que parece más céntrica.

### ESCENA 3

TITO. –Gordo ¿qué hacés por acá? Crespo es mi esquina.

GORDO. –¿Tu esquina?

TITO. –Debajo de ese manchón negro dice: “Cortaremos cabezas como racimos de uva en tiempos de vendimia”.

GORDO. –Ahí no dice. Está el manchón.

TITO. –Un manchón censor no tapa semejante diatriba.

GORDO. –Ella es Tere ¿la conocés?

TITO. –No.

GORDO. –Teresita. Grupo 67. Teatro puro y duro.

TITO. –En el 67 yo estaba demasiado ocupado en fortalecer a Onganía desde la izquierda. POS. Partido Obrero Stanilista.

GORDO. –Recuerdo: “Viva el rey Simeón de Bulgaria”.

TERESITA. –Yo a vos sí que te conozco. Y la conozco a tu hermana. Y al bar hermoso de tu hermana. Antes de irme tomé allí el último Amargo Obrero.

TITO. –¿Te fuiste a Rusia?

TERESITA. –A Venezuela.



TITO. –Pero ahí no hay granjas colectivas.

TERESITA. –Hay colectivos de teatro.

TITO. –¿Y las ruedas son Good Year o Tennessee Williams?

GORDO. –Tito... Contale a Tere...

TITO. –Yo no cuento nada. Vos te creés que te encontraste con un loco lindo. Estás equivocado, Luis Arata. A mí me dan el electroshock por razones políticas no por razones literarias. Así que no relato. Decile a tu amiga que siga paseando por Caracas y que te venga a visitar cada vez que tenés una idea dramática; o sea, cada muerte de obispo.

GORDO. –¿Te enojaste?

TITO. –Qué me voy a enojar si esta es mi esquina. ¿Para dónde van?

GORDO. –Para el sur.

TERESITA. –Hasta el Parque.

TITO. –Los acompaño un poco. No se hagan ilusiones porque no voy a llegar hasta esa carnicería histórica que es la Plaza de Mayo. Por ahí suele andar el fantasma de López y a mí no me gusta que me degüellen. Ya me degollaron los psiquiatras. ¿Qué andan haciendo?

GORDO. –Estamos tratando de escribir una epopeya.

TITO. –Le erraron de calle. Hubiesen tomado San Jerónimo. Allí está lleno de negocios con propietarios procedentes de países escalofriantes. En cambio San Martín llena de tanos y gallegos, no se presta para la epopeya, se presta para el grotesco y el sainete.

TERESITA. –Vení con nosotros.

TITO. –Pero de personaje, no. Voy de sombra. Como el progenitor del Príncipe de Dinamarca.

TERESITA. –¿Entonces venís?

TITO. –¿Y por qué no? Si el único que me puede ver es Hamlet y no creo que a esta hora ande por San Martín.

GORDO. –¿Vos sabés algo sobre que se puede inundar la ciudad?

TITO. –Con tal de robar, hay políticos que son capaces de cualquier cosa.

#### ESCENA 4

TERESITA. –Ahí vuelve el Tito.

GORDO. –¿Se había ido?

TERESITA. –Por la vereda de enfrente.

TITO. –¿Cómo es? ¿Vos sos de acá pero no estás acá?

TERESITA. –Me fui hace mucho.

TITO. –Sí, a Venezuela.

TERESITA. –Y después volví y vivo en Buenos Aires.

TITO. –¿Entonces no sos de acá?

TERESITA. –Fui... Soy, creo.

TITO. –De acá no es nadie. Todos somos carne de barco o mancebos de otra tierra.

Esto era un páramo. Bastardos somos.

GORDO. –¿Y en qué lugar, entonces, se puede ser “de acá”?

TITO. –Donde nació un Dios.

GORDO. –Contundente.

TITO. –Como el acero de la bendita cruz.

GORDO. –Alguien me dijo que te habías vuelto místico.

TITO. –Y pederasta.

GORDO. –¿Pederasta también?

TITO. –Me especializo en pendejas.

TERESITA. –Te gusta jugar con las palabras.

TITO. –Soy concejal.

GORDO. –¿Y eso?

TITO. –Esta calle fue Humberto 1º y nosotros la hicimos Hipólito Irigoyen.

TERESITA. –Yo le sigo diciendo Humberto 1º.

TITO. –Porque no sos de acá.

TERESITA. –¿Y los de acá le dicen Hipólito Irigoyen.?

TITO. –Ya te dije que acá nadie es de acá.

GORDO. –Sartre.

TITO. –¿Te acordás cuando éramos sartreanos pelotudos?

GORDO. –Me acuerdo

TITO. –Qué te vas a acordar, Luis Arata. Sartreanos, lo que se dice sartreanos, éramos dos o tres.

GORDO. –¿Vos y quién más?

TERESITA. –No está.

GORDO. –¿Se fue?

TERESITA. –Desaparece. Como por arte de magia.

GORDO. –El Tito es episódico, pero es un campeón.

TERESITA. –Ya encontramos nuestro Virgilio.

GORDO. –Si estuvieran los otros muchachos... ¡Qué “Divina Comedia” que nos mandaríamos...! Ahí sí que llenamos la Sala Mayor del Municipal.

TERESITA. –Por eso no mandaste los otros telegramas... Como buen intelectual le tenés miedo al éxito... Lo encontrás pecaminoso.

GORDO. –El éxito no es pecaminoso, pecaminoso es el gusto de la gente, por eso el éxito suele ser renunciar a demasiado.

TERESITA. –El único éxito es sentirse vivo arriba del escenario. Lo demás es puro cuento y buenos negocios.

GORDO. –La señora acaba de decir una verdad grande como un templo.

## ESCENA 5

TERESITA. –La peatonal, muchachos.

TITO. –Más fácil para empujar el carrito del *casfísio*.

GORDO. –Estoy enfermo, che.

TITO. –De vanidad.

GORDO. –¿Y vos?

TITO. –De ideología. Soy loco de izquierda como León Trostky.

GORDO. –Mirá, Tito, estamos llegando al Diario

TERESITA. –Cuánto hace que no pasaba por aquí.

TITO. –Acá yo los dejo.

GORDO. –¿Por?

TITO. –En el año 58 me rechazaron un poema en el Suplemento Cultural... “Yo no le chupé la pija a Leopoldo Lugones” Oda sacra... y, desde entonces, doy vuelta a la manzana, hago un rodeo, no paso por el frente del vespertino.

GORDO. –Pero ya no está más ahí.

TITO. –El edificio sigue impregnado de esa prensa.

GORDO. –¿Se fue?

TERESITA. –Se fue.

GORDO. –Va a volver a aparecer.

TERESITA. –Ahí vuelve.

TITO. –Che... Se olvidaron del Ritz Hotel. No hicieron un alto en tan mítico ámbito regional.

GORDO. –¿Y para qué íbamos a parar allí?

TITO. –Para ver si en los cielorrasos quedan rastros de manteca.

TERESITA. –¿Ahí se tiraba manteca al techo?

TITO. –En los tiempos de las vacas gordas.

GORDO. –Eso es un mito.

TITO. –No, señor. Se tiraba. Un hermano de mi padre lo presencié.

GORDO. –¿Tu tío Saverio?

TITO. –Correcto, turríto.

TERESITA. –¡Son locos!

TITO. –¿Y si compramos manteca y nos metemos a...

GORDO. –El Ritz está más cerrado que un panteón.

TITO. –¿Y a que no paraste en “Las Delicias”?

TERESITA. –¿Todavía existe “Las Delicias”?

GORDO. –Sos un tacaño. La hubieses homenajeado a la señorita con un café con masas.

TERESITA. –Las masas de “Las Delicias” son las más ricas que comí en mi vida.

GORDO. –Me hacés acordar a un poema de Fernández Moreno... “La torre más alta, madre... era la torre de aquel pueblo”

TITO. –Te está diciendo boluda.

GORDO. –Le estoy diciendo que el pasado agranda todo.

TERESITA. –No entiendo. Yo a los argentinos ya no los entiendo.

GORDO. –Nosotros tampoco.

TITO. –¿Vos me preguntaste por el agua? Desde hace dos horas avanza por el oeste como una bufanda ciudadana. Si da la vuelta completa nos ahorca.

TERESITA. –¿Pero eso es gravísimo?

TITO. –Más graves van a ser los poemas alusivos que vengan después.

GORDO. –Oíme, Tito ¿quién te dio esa información? ¿Es precisa o es otra fábula tuya? Che, Tito...

TERESITA. –Se fue otra vez.

GORDO. –Pero va a volver.

TERESITA. –Qué hermosa luz la de hoy.

GORDO. –Es la luz del pasado.

TERESITA. –O de la inundación.

GORDO. –Que también es pasado.

TERESITA. –¿Entonces nos vamos a encontrar con el pasado?

GORDO. –¿Para qué? Lo pasado, pisado.

TERESITA. –Ya se ve el Diario.

GORDO. –Lo que era el Diario.

TERESITA. –Sí, claro.

## ESCENA 6

TERESITA. –Gordo... Estamos ante el mítico edificio de *La Región*. En sus viejas linotipos te hiciste alguien. Trascendiste. Y quedamos impresos para siempre.

GORDO. –“Los que protestaron en Córdoba”. Éramos tan jóvenes que parecíamos hermosos. Fuimos el prólogo del “Cordobazo” con ese Festival que terminó a los gritos. Y estábamos en perfectas condiciones de cambiar el mundo. Éramos el Mayo francés sudamericano.

TERESITA. –Esa nota no fue de *La Región*. Fue de uno de esos matutinos que duraban un periquete.

GORDO. –¿Y por qué me confundo?

TERESITA. –Porque no tenés memoria.

GORDO. –No lo recordaba así, tan vidriado.

TERESITA. –*La Región* es el edificio de al lado.

GORDO. –Si habré esperado las críticas de Pacheco Ramos.

TERESITA. –En todos lados se esperan las críticas de los críticos... Ahí viene Pacheco Ramos. ¡Qué raro! Acaba de salir de ahí... ¿Usted se acuerda de nosotros?

TITO. –Vagamente. Experimentales ¿no? Vanguardistas.

TERESITA. –Usted dijo que nosotros éramos el último eslabón de la Edad de oro del teatro independiente.

TITO. –¿A ustedes?

GORDO. –A nosotros.

TITO. –Confieso que se me fue la mano y la pluma también.

TERESITA. –¿Qué fue lo que más le gustó de lo nuestro?

TITO. –Ese año en que se fueron al campo y no estrenaron nada.

GORDO. –Pero cuando estrenamos....

TITO. –La ciudad se inunda y ustedes revisando antiguas vanidades.

GORDO. –Goethe escribió una de sus mejores obras en la misma noche en que las fuerzas napoleónicas incendiaban su ciudad.

TITO. –Pero Goethe fue Goethe.

GORDO. –Y nosotros somos...

TITO. –¡Eran!

TERESITA. –El último eslabón de...

TITO. –¿Y ahora adónde van?

GORDO. –Hacia el sur. En busca de una epopeya.

TITO. –Bueno, si logran caminar sobre las aguas, vuelvan y les hago una nota de media página.

TERESITA. –¿Cuándo?

TITO. –Cuando se sequen las impresoras.

GORDO. –Oiga, Pacheco.

TERESITA. –Se fue.

GORDO. –¿Pacheco?

TERESITA. –O alguien que se hizo pasar por él.

GORDO. –¿Cómo quién?

TERESITA. –Como Tito.

GORDO. –Tito no pisa la vereda del honorable vespertino.

TERESITA. –Por eso, quizás, se mete en pellejo ajeno.

GORDO. –¡Qué hijo de su madre!

TERESITA. –¿Tito sigue loco?

GORDO. –A veces.

## ESCENA 7

GORDO. –¿Dónde estamos?

TERESITA. –San Martín y Mendoza.

GORDO. –El corazón de la ciudad que Garay fundó en otro lado.

TITO. –Si es que esta ciudad alguna vez tuvo corazón.

GORDO. –¿Volviste Tito?

TITO. –Ustedes volvieron. Ustedes son los que andan buscando roña. Yo vivo esto, no cuento. Y si cuento, lo que cuento no es esto. Porque lo que yo cuento, a lo loco, es la versión mítica de esto. En cambio ustedes, creo, por lo que veo, no se deciden entre ver, contar y realzar. Y yo los estoy acompañando a sabiendas de que soy el costado necesario para que esto que van trazando no se transforme en otra basura realista que recuerda... ¡Che, Gordo!, convidame con un café.

GORDO. –Cierto... San Martín y Mendoza... La región de los bares... Doria, Gran Doria, Baviera, La Cosechera, La Modelo, Los Dos Chinos... Por acá escribí todo.

TITO. –Te pedí que me pagaras un café y no que me hicieras cómplice de tu dudoso talento.

GORDO. –Entremos.

TITO. –¿Pero pagás vos?

GORDO. –Pago yo.

TITO. –¿Y si tomo dos también pagás vos?

GORDO. –También pago yo.

TITO. –Entonces no tomo nada.

GORDO. –¿Por qué?

TITO. –Porque una vez filósofo, dos, manguero.

TERESITA. –Me cansaste, Tito. Como buen loco sos más caprichoso que el príncipe de Dinamarca y como buen actor sos más loco que los pobres locos. Te tomás el café, te fumás un cigarro y te amoldás a la caminata. Basta de andar saliendo y entrando como en un vodevil. Hoy la ciudad se inunda y vos no tenés derecho a hacerte el loco. Entrá de una vez.

TITO. –¿Esta chica está acá o no está?

GORDO. –Según como se la mire.

TITO. –¿Y nosotros?

GORDO. –Algo así.

TITO. –Entro entonces. Pero no entro yo, entra la sombra de Tito.

TERESITA. –Ves como te amoldás a los distintos territorios. No estás tan loco, vos.

TITO. –Si me seguís chuceando voy a cambiar de tono.

TERESITA. –¿Y me vas a pegar?

TITO. –Yo no le pego a las mujeres, las olvido.

GORDO. –Tito es machista.

TITO. –Y a mucha honra.

## ESCENA 8

GORDO. –Ya lo dijo Nostradamus : Una de las tres ciudades de igual nombre desaparece.

TITO. –A mí no me avisaron.

GORDO. –¿Cómo que no te avisaron?

TITO. –Chiste político sobre el nuevo López.

GORDO. –¿Te imaginás a esta esquina emblemática bajo las aguas?

TITO. –A más de uno se le va a aguar el café.

GORDO. –Tito ¿Vos no tenés un poco de temor?

TITO. –No estoy autorizado. Soy loco.

GORDO. –Pero suponiendo que...

TITO. –¿Y la caraqueña?

GORDO. –...se cumpla la profecía.

TITO. –¿La chica se fue al *tualé*?

GORDO. –No podés estar tan tranquilo.

TITO. –Si me desespero me meten los fierritos.

GORDO. –¿Será la última vez en este bar?

TITO. –Parece una muñeca Pepona. Gorda, rubia. Vos siempre tuviste gusto renacentista.

GORDO. –¿La última mirada sobre esta esquina?

TITO. –Dámela.

GORDO. –¿A qué?

TITO. –A la Pepona.

GORDO. –¿Pero qué decís?

TITO. –Me gustan las mullidas.

GORDO. –Comprate un sofá cama.

TITO. –En Rosario, cien mujeres se disputan mi paternidad. Y en la Facultad de Química fui Decano por un día. Así que no me jodás, Luis Arata.

GORDO. –Ya te dije que no soy Luis Arata.

TITO. –Más te quisieras. Arata es un grande y vos sos apenas un actorzuelo.

GORDO. –Lo mismo me dijiste en casa de Roberto cuando nos conocimos hace una ponchada de años.

TITO. –Sí y me fui enseguida. Le dije a Roberto: No soporto la gente de teatro. O son putos o se hacen.

GORDO. –Mentira. Si a vos te gustaba el teatro y escribiste unas piecitas artaudianas.

TITO. –¿Por qué decís “te gustaba”?

GORDO. –Porque desgraciadamente vos ya estás muerto, Tito.

TITO. –Ahí viene la Pepona. Parece un sol. ¿No será aminorada?

TERESITA. –¿Qué dicen?

TITO. –Que “A mí no nada”.

TERESITA. –Cómo te gusta jugar con las palabras.

TITO. –Soy libre y marxista leninista.

TERESITA. –Yo también.

TITO. –¿Marxista leninista?

TERESITA. –No, libre.

TITO. –Me gusta esta piba.

TERESITA. –¿Qué decían?

TITO. –Que si se viene la creciente, yo antes me ahogo en el lavatorio del baño de caballeros de La Cosechera.

GORDO. –La Cosechera cerró hace mil años.



TITO. –Me ahogo antes.

TERESITA. –¿Aquel no es el Negro Flores?

TITO. –Che ¿de dónde sacaste que yo estoy muerto?

GORDO. –Del Diario *La Región*.

TITO. –Prensa amarilla.

GORDO. –Sin embargo, si en algo son objetivos es en los obituarios.

TITO. –Mirá que sos granuja. Un intelectual granuja sos. Durante años rompiste las pelotas con la realidad y la ficción y ahora vas a inventar los vivos y los muertos.

TERESITA. –¿El que está sentado al sol en aquel bar no es el Negro Flores?

GORDO. –Yo no los invento. O viven o se van muriendo.

TITO. –Ojalá que te agarre el agua así no escribís más porquerías.

GORDO. –¿Adónde vas?

TITO. –¡A la república del carajo!

GORDO. –Se volvió a ir ¿no?

TERESITA. –¿Ese que se nos viene encima con su presencia de actor de carácter no es el Negro Flores?

GORDO. –Es pero embalsamado.

TERESITA. –¿Cómo el payaso de Mac Donald?

GORDO. –En versión regional. Fue habitué de este bar por mucho tiempo. El día señalado, los mozos hicieron una colecta y lo embalsamaron.

TERESITA. –¿Y está todo el día ahí?

GORDO. –No, de noche lo entran y lo guardan en el bar de caballeros.

TITO. –Teresita, caramba. Me gustaría consultarte para hacer una girita por Caracas.

TERESITA. –¿Habla?

GORDO. –Frasas grabadas.

TERESITA. –¿Y cómo hizo para saber que...?

GORDO. –El cajero con el control remoto. Una atención de la Casa. A mí ya me hablaron para que me instale con el carrito.

TERESITA. –¿Y vos qué les dijiste?

GORDO. –Que no es momento de invertir en una ciudad por desaparecer.

## ESCENA 9

TERESITA. –¿Cuándo murió el Negro?

GORDO. –En el momento en que dejó de actuar.

TERESITA. –¿Y por qué dejó de actuar?

GORDO. –Porque perdió la alegría y después la memoria. O a la inversa.

TERESITA. –En mis tiempos se decía que era un buen actor.

GORDO. –Vaya a saber qué Cristo se le cruzó de golpe. A todos nos pasa. Un día decimos ¿Qué estamos haciendo acá? Y nos bajamos del escenario para siempre... El teatro es como los aviones: una altura absurda a una velocidad absurda.

TERESITA. –Visto así de espaldas parece más actor que nunca. Como que va a lanzar un parlamento luminoso.

GORDO. –A lo mejor ahora que se desentendió del teatro y deja que la vida actúe a su alrededor, es cuando más cerca está de la verdad escénica. Sus diálogos con meseros y lustrines pueden ser un Beckett insospechado. Y aquel del realismo ortodoxo, hoy puede ser un intérprete más amplio. Alguien que, sin darse cuenta, atraviesa todos los géneros con la grandeza que da la cotidianidad irresponsable. Ventajas de la cultura inculta.

TERESITA. –¿Y no será eso lo mejor del teatro o lo mejor de la vida? En mis dos años de cárcel terminé entendiendo que estaba en mi mejor actuación: sordo dolor, oscura alegría, soledad pura, imaginación indolente. A mis carceleros los acabé viendo como a espectadores privilegiados. Todo lo que había buscado lo encontré en ese tiempo: el límite de todo.

GORDO. –No sé si el Negro está muerto. Tampoco sé si yo estoy vivo. Son tiempos demasiado difíciles para reconocer el estado civil de las personas: ¿Casado? ¿Muerto? ¿Viuda? ¿Vivo? ¿Masculino?

TERESITA. –¿Aquella puerta estúpida que está llegando a calle Salta no es San Martín 2222?

GORDO. –Vos tenés razón. No sé para qué te hice venir. Para regodearme con el pasado y como el pasado no existe, me estoy regodeando con el vacío.

TERESITA. –¿La puerta estúpida, que está poblada de chapas de profesionales, no era el Teatro de Arte, epicentro de nuestro teatro provinciano?

GORDO. –El pasado es invisible o, peor aún, falso. El pasado es un capricho del que envejece.

TERESITA. –Me parece ver el letrerito de esa sala emblemática.

GORDO. –La sala del flaco Thiel.

TERESITA. –¿El flaco Thiel...?

GORDO. –No lo sé. No me animo a hacer más pronósticos. El Tito está muerto y se nos aparece a cada rato.

TERESITA. –¿Está muerto entonces?

GORDO. –Bien muerto.

TERESITA. –¿Qué querés decir con bien muerto?

GORDO. –Que terminó de enfermarse. Que dejó de respirar. Que lo pusieron en un cajón. Que lo llevaron al Cementerio Municipal. Y que unos cuantos periodistas escribieron notas muy lindas sobre ese loco profundo.

TERESITA. –Te pusiste triste.

GORDO. –Acabo de darme cuenta que se nos fue el Tito.

TERESITA. –¿Te da pena?

GORDO. –Sí, me da pena. Pero la pena es lo que me permite reencontrarme con lo perdido, dice un amigo mío.

TERESITA. –Lo perdido es el pasado y el pasado es falso, si no te entendí mal.

GORDO. –No, me entendiste bien.

TERESITA. –Y ahora sólo nos queda la pregunta del millón: ¿de este recorrido que estamos haciendo, qué es lo cierto y qué es lo fantaseado?

GORDO. –Imposible. Uno vive, cree vivir, fantasea, olvida y termina por confundirlo todo.

TERESITA. –¿Qué hiciste en este querido teatrillo?

GORDO. –Muy poco. Un espectáculo. Pero cuando lo cerraron, me pareció perder muchas cosas. Aquí vi la primera obra de teatro donde los personajes se parecían a mí y a mis amigos. “Tres en el centro de la tierra”, del autor local Carlos Catania, un líder de los independientes.

TERESITA. –Yo acá hice la Inocencia del Dr. Burke. Vos ya estabas con nosotros.

GORDO. –Capolavoro. Vos siempre fuiste una actriz de puta madre y una buena persona.

TERESITA. –¿Habremos contado lo que teníamos que contar?

GORDO. –¿A mí me lo preguntás? No te das cuenta de que me lo vengo preguntando desde hace tiempo.

TERESITA. –Por eso te lo pregunto. Porque te lo venís preguntando.

GORDO. –Y yo no te puedo contestar. A lo mejor tenía que contar tu cárcel y mi angustia en esos días. No sé, no sé.

TERESITA. –No quise decir eso. Es más simple. ¿No estaremos hablando de cosas que sólo nos importan a nosotros?

## ESCENA 10

GORDO. –¿Ves aquel cartel grande?

TERESITA. –¿Cuál? ¿Ese que titilaba y decía de manera repetitiva “Welcome, Welcome, Welcome”?

GORDO. –Ese, sí.

TERESITA. –La Sedería Welcome.

GORDO. –Enfrente estaba Libretex.

TERESITA. –¡Libretex! La había olvidado. “Yo soy un comediante” de Pierre Fresnay, “Yo soy hombre de teatro” de Jean Louis Barrault, “Mi vida en el arte” de Constantin Stanislavsky. La mejor librería que conocí en mi vida, porque fue la primera.

GORDO. –Se daban charlas también.

TERESITA. –Recuerdo.

GORDO. –Y vino Borges.

TERESITA. –¿Vino Borges?

GORDO. –En la década del sesenta. Lo trajo Coveiq.

TERESITA. –¡Coveiq! ¿Y los otros cómo se llamaban?

GORDO. –Coved.

TERESITA. –Comisión viaje de estudio de Derecho.

GORDO. –Y Comisión viaje de estudio de Ingeniería Química.

TERESITA. –¿Y lo trajeron a Borges?

GORDO. –“La importancia de la metáfora en la poesía inglesa”

TERESITA. –Guevara. Tito Guevara era el vendedor.

GORDO. –El mejor vendedor.

TERESITA. –¿Y el dueño?

GORDO. –Un tipo morocho.

TERESITA. –Claro. Libretex. Enfrente de Welcome.

GORDO. –La noche que vino Borges, lo trajo Juani.

TERESITA. –¿Juani?

GORDO. –Sí, le organizaba las tertulias culturales a los estudiantes. Y me contó que venía por esta misma vereda con Borges, cuando el viejo pícaro le preguntó: ¿Dónde es la charla? Allí, Borges, a media cuadra; le dijo Juani. Mientras tanto el cartel luminoso de Welcome se prendía y se apagaba. Welcome, Welcome, Welcome. Borges levantó la mirada ciega y al ver el cartel, dijo: “No se hubiesen molestado”.

TERESITA. –¿Y qué pasó con Libretex?

GORDO. –Cerró.

TERESITA. –¿Y con Guevara?

GORDO. –Cerró también. Se puso triste.

TERESITA. –Parecía conocer todos los libros.

GORDO. –Los conocía.

TERESITA. –Por él lo conocí a Tennessee Williams.

GORDO. –Sí, Tito Guevara tenía buenos amigos.

TERESITA. –Y a Cesare Pavese.

GORDO. –Yo estuve en esa charla. Era tan pibe que no sabía quién era Borges, ni Shakespeare, ni John Donne, ni la metáfora.

TERESITA. –¿Y ya lo conocías a Tito?

GORDO. –¿Guevara?

TERESITA. –No, al otro.

GORDO. –No. Creo que no.

TERESITA. –¿Y a Juani?

GORDO. –Tampoco. No te digo que era un pendejo. Jugaba al básquet. Vivía en un pueblo. Apenas conocía algunos libros.

TERESITA. –¿Y por qué fuiste?

GORDO. –Por pálpito y por una mina que iba a ir y no fue.

TERESITA. –¿Qué mina?

GORDO. –Una que tenía un pulóver blanco.

TERESITA. –Cuántas cosas que se perdieron: Welcome, Libretex, San Martín 2222, la del pulóver blanco...

GORDO. –¡Y la que habrá abajo!

TERESITA. –No te entiendo.

GORDO. –En una película, Cantinflas estaba de smoking en una fiesta bacana y se van con una mina bárbara a la orilla del mar, los dos fumando en boquilla. La mina, toda romántica, mira el mar y dice: cuánta agua. Cantinflas pita y en el mismo tono le contesta: y la que habrá abajo.

TERESITA. –Ah, ahora sí.

GORDO. –Lo que se fue perdiendo y lo que se va a perder.

TERESITA. –¿Con la inundación?

GORDO. –Y con el tiempo.

TERESITA. –Pobrecito el Tito.

GORDO. –Pobrecitos nosotros, sin el Tito.

TERESITA. –Es cierto.

## ESCENA 11

GORDO. –¿Qué calle estamos cruzando?

TERESITA. –A ver. Dejame ver el cartelito. Lisandro de la Torre, dice. Lisandro de la Torre y San Martín.

GORDO. –Rosario.

TERESITA. –¿Qué?

GORDO. –Yo la llamo Rosario. Así se llamó siempre. Estoy harto de los caprichos del Concejo Deliberante. Humberto Primo: Hipólito Irigoyen. Vera: Irigoyen Freyre. Catamarca: Eva Perón. Rosario: Lisandro. ¡Pero por qué no se dejan de joder!

TERESITA. –Estás como el Tito.

GORDO. –¿Cómo Lisandro? Si ya pasamos Libretex.

TERESITA. –Nos fallará la memoria. Libretex no estaba donde creíamos que estaba. De cualquier modo allí compramos aquellos libros que nos abrieron la cabeza y nos enamoraron del teatro.

GORDO. –Se viene el Municipal: San Martín y Garay. Y después el profundo sur.

TERESITA. –¿Aquel que se ve en la puerta del Teatro Municipal repartiendo volantes no es un tipo disfrazado de mujer?

GORDO. –¿Un travesti?

TERESITA. –O un actor. Un actor transformista. ¿Lo ves?

GORDO. –Me lo tapa la gente.

TERESITA. –Mirá bien y decime si no es un tipo disfrazado de mujer.

GORDO. –Ahora sí. Ahora lo veo. Parece una mujer galáctica.

TERESITA. –Peor. Un espantapájaros parece.

GORDO. –Una espantapájaras querrás decir.

TERESITA. –Algo así.

*(Tito disfrazado de mujer canta “Se dice de mí”).*

TERESITA. –¿Qué rara es?

GORDO. –Yo intuyo que la conozco.

TERESITA. –¿Alguien del teatro independiente?

GORDO. –Alguien de por aquí.

## ESCENA 12

*(Tito está vestido de mujer y, mientras canta la milonga “se dice de mí”, reparte volantes de un espectáculo).*

TITO. –Soy la Chicha, Gordo. La Chicha Robledo.

GORDO. –¿Qué Chicha?

TITO. –Tu hermana, compadre. ¿Vos no eras el que interpretaba al personaje denominado Roberto Chiche Robledo, compañero de cuarto y de utopía de Raúl Chiquito Bonzini en “El Clásico Binomio”? ¿Cuántos años hiciste sobre las tablas al tanguero santafesino que se va exiliando de barrio en barrio de su querida ciudad? ¿Diez, veinte, cien años? Bueno, ahora que estás muerto o en edad de merecerlo, salió la nueva versión pendeja de tu obra cumbre con el otro tarado. Los tangueros son travestis y el dolor pasó del alma al ano. Terrible ¿no?. Esto que estás viendo es la última forma de tu teatro. Lástima que estás muerto porque si no tendrías derecho al pataleo. Ahora todos te manosean como a un tal Shakespeare. Soy Chicha, Gordo, el alma amanerada del suburbio.

TERESITA. –Che, Tito. ¿Y qué vestuarista te puso tan salado?

TITO. –León Trostky, el desviado.

GORDO. –Basta, Tito. Ni shakespeareano ni trotskista.

TITO. –¡Peronista!

GORDO. –Eso! ¡Ni yankis ni marxistas...! Qué me venís a dar larga vida. No soy un yesquero eléctrico, fui un oscuro dramaturgo de provincia. Cien años no es mi talle y ni siquiera el tuyo.

TITO. –Imaginemos, cobarde, imaginemos. Estamos frente al Primer Coliseo. Este es el Palacio de la Imaginación. Por aquí deambulan los dioses de la antigua Grecia, las brujas y los monjes del Medioevo, los príncipes y los reyes sanguinarios del cisne de Avon, los monigotes de Moliere, los personajes en busca de Pirandello y una ponchada de cocoliches y papusas de la comedieta nacional... To be or no to be, ¡Moreira! ¡Ahijuna, Mac Beth...! Imaginemos, cobarde.

TERESITA. –Cobarde... qué linda palabra. Cobarde es una palabra del arte milenario de la escena. Se apagan las luces de la Sala y alguien grita “cobarde”. “Cobarde” como “Plugo al cielo” o “Mentecato fantasma” son cosas de teatro.

GORDO. –¿Entre los dos me van a hacer la apología del teatro universal?

TITO. –¿Y qué mal hacemos, dramático? Estamos frente al Templo de la ficción, nos merecemos cualquier despropósito. ¡Dale, Pepona! Haceme Ofelia que te hago Hamlet. Locura no me va a faltar, caraqueña.

GORDO. –Cortala, Tito. Más respeto a la memoria de Don Luis Arata. Este lugar es territorio de profesionales, no de aficionados.

TERESITA. –Es verdad. Hasta Caruso cantó acá. Los más grandes se pavonearon en este centenario teatro.

TITO. –Te ponés hermosa, Pepona. En las escalinatas del Primer Coliseo te parecés a la Donna e móvile y a la mismísima Ofelia. Escuchá, Gordo. Escuchá a este Hamlet sudamericano hecho por el Tito Bofarelle... *¿Eres honesta, Ofelia?*

TERESITA. –*¡Señor!*

TITO. –*¿Eres hermosa?*

TERESITA. –*¿Qué quiere decir Su Señoría?*

TITO. –*Que si eres honesta y hermosa, tu honestidad no debería admitir trato con tu hermosura.*

TERESITA. –*¿Podría la belleza, Señor, tener mejor trato que con la honestidad?*

TITO. –*Sí, porque la fuerza de la belleza convertirá en una prostituta a la honestidad antes de que la honestidad someta a la belleza a sus leyes. ¡Yo te amaba antes!*

TERESITA. –*Por lo menos, Señor, así me lo hizo creer.*

TITO. –*No debiste haberme creído. No te amaba.*

TERESITA. –*¡Cuánto me engañé!*

TITO. –*Vete a un convento. Somos todos unos canallas, no nos creas a ninguno. Vete a un convento, Pepona. Vete a un convento antes de que te agarre el agua. Las monjas y los curas siempre se salvan.*

GORDO. –*¡Qué bien, Tito! ¿Y vos cómo te lo sabés tan de memoria al estimado Hamlet?*

TITO. –*Porque yo soy dramaturgo. Autor de “Los fierritos o el electroshock” y autor de “El averno o el infierno en llamas”, la única obra que termina según los cánones del realismo socialista... Tu socio, el Pelado, la quería hacer con los de la Universidad, pero me pidió que yo haga el protagonista y yo le pedí que me autorizara a irme de la trama cuando lo creyera conveniente. No hubo trato. Tito sigue virgen, no fue puto de teatro.*

TERESITA. –*Hubieses hecho un hermoso trabajo. Sos sensual, expresivo, volcánico.*

TITO. –*Pará con el caramelo centroamericano, Pepona. Esto es Argentina : tierra de la impotencia.*

GORDO. –*Salvo vos que sos un semental.*

TITO. –*No me jodás, dramático... y seguí con tu misa. Está en su Iglesia, Reverendo. Proceda.*

GORDO. –*El último Papa de esta Iglesia fue Don Armando Discépolo.*

TITO. –*Y el Lutero, fue Leonidas Barletta. El amigo de Roberto Arlt.*

GORDO. –*Vos sos “arltiano”, Tito.*

TITO. –*¡Y a mucha honra! ¡Arltiano leninista!*

GORDO. –*Che... ¿Ya te habrás enterado que nuestro Municipal cumple cien años?*

TITO. –*Yo sí. El asunto es que se entere el Alcalde así lo arreglan un poco y se dejan de traer porquerías de la tele.... Bueno, chau, muchachos. Tengo que rajar.*

*Cuestiones de estado. Soy la sombra o el espectro del padre del Príncipe de*



Dinamarca y no quiero que me agarre la noche porque si no me puede pisar cualquier bastardo que ande por la calle. ¡Que les garúe finito, filodramáticos!

GORDO. –¿Se fue?

TERESITA. –Partió hacia camarines.

GORDO. –De no ser loco, hubiese sido un gran capocómico. Es el único que me sorprende con sus réplicas.

TITO. –¡¡¡Que mis cenizas se esparzan por la Sala Experimental!!!

GORDO. –¿Quién habló?

TERESITA. –El fantasma del Teatro Municipal.

GORDO. –Yo a este fantasma lo reconozco por la voz.

TERESITA. –¿Y ahora qué hago con el carro?

GORDO. –Entrar.

TERESITA. –¿Al Teatro?

GORDO. –A la Sala Principal.

TERESITA. –Agarrate fuerte. Ahí voy.

GORDO. –¡Qué teatros que hicieron estos gringos! Tienen acústica hasta para el silencio.

TERESITA. –Mi abuelito fue uno de los albañiles que lo construyeron, según él.

GORDO. –¿No me digás?

TERESITA. –Cuando se puso viejito hablaba de la cúpula del teatro. Desvariaba. Decía que el muralista italiano que habían contratado para pintar los frescos, le vio buena mano con el pincel y lo dejó pintar más de media cúpula.

GORDO. –En una de éstas fue cierto y tu abuelo era más importante que nosotros.

TERESITA. –Yo creo que mi abuelito ni siquiera fue albañil.

GORDO. –¿Y quién te asegura que nosotros fuimos actores? Por lo menos el abuelito se atrevió a soñarlo, como Tito que se cree la sombra del padre de Hamlet.

TERESITA. –Tito no se cree nada. Nos está vacilando.

GORDO. –No creas. Tito es de los que se cree todo lo que inventa. Una vez los muchachos de la Universidad hicieron correr la bola de que lo iban a candidatear para diputado provincial y él mandó una gacetilla a todos los medios diciendo que en la Legislatura había un complot para asesinarlo; así que retiraba la candidatura.

TERESITA. –¿Y la retiró?

GORDO. –Desapareció por un mes.

TERESITA. –¿Para?

GORDO. –Para decir que lo habían raptado los sectores más reaccionarios en un casco de estancia por los alrededores de Santa Rosa.

TERESITA. –¡Qué fantasioso!

GORDO. –Sí, fue uno de nuestros mejores narradores.

TERESITA. –Gordo... Esto sí que me está aterrando.

GORDO. –¿Qué?

TERESITA. –Imaginar al Municipal bajo las aguas: “La catedral sumergida”. El fresco de la cúpula borroneándose y ese gran escenario como una sucia pecera por donde trastabillan los telones y las butacas.

GORDO. –Y un muerto. El fantasma del Teatro Municipal ahogado. O balbuceando: “Ser o no ser”.

TERESITA. –Los otros edificios públicos, los burocráticos, no me importan. Al contrario. Se me hace que el agua al arrastrar esa marea de expedientes acaba purificando algo.

GORDO. –Y bajo esta noble acústica, los fantasmas que aúllan: “*To be or not to be...*” “*Tú también, Bruto...*” “*Justicia tenías que ser para atacarme por la espalda*”.

TERESITA. –Vamos, Gordo. Quiero salir del Teatro. Me hace daño. Vamos.

GORDO. –Qué hermoso es verte así, asustada. Como si volvieras a actuar.

TERESITA. –Eso es lo que más me aterra: esperar la creciente con un último parlamento.

GORDO. –Sí, sí, vamos. De lo contrario me voy a contagiar de lo que estás diciendo y no nos van a poder sacar ni los bomberos.

TERESITA. –¿Vamos?

GORDO. –Vamos.

TERESITA. –Parecemos personajes beckettianos, decimos vamos pero no nos movemos.

GORDO. –Empujá, por favor.

TERESITA. –Allá está la puerta de salida. Ya llegamos, mi vida. En un instante estaremos en la calle. Ya está. ¿Ves?

GORDO. –Se está poniendo negro.

TERESITA. –Es la hora del ocaso.

GORDO. –O la tormenta.

TERESITA. –¿Qué tormenta? Si ha sido un día precioso.

GORDO. –La tormenta del alma.

TERESITA. –Agarrate que bajamos las escalinatas.

GORDO. –De vuelta en calle San Martín.

TERESITA. –Cada vez hay menos gente.

GORDO. –Disparan.

TERESITA. –Los que pueden.

GORDO. –Algunos quedarán atrapados por el agua o por el afecto.

TERESITA. –¿No se pudo prever?

GORDO. –Acá lo que no se pudo prever es el país.

### ESCENA 13

TITO. –¡Eh, Gordito...! ¿No lo ves?

GORDO. –¿Dónde está Tito?

TERESITA. –En la vereda de enfrente.

GORDO. –¿Y qué hace?

TERESITA. –Señala el edificio que tiene a su espalda.

GORDO. –¿Qué edificio?

TERESITA. –Una de esas grandes casas de artículos para el hogar que fueron viniendo de la Capital Federal.

TITO. –No se ve ¿no?

GORDO. –¿Qué dice?

TERESITA. –No lo entiendo. ¿Qué te pasa, Tito?

TITO. –No soy Tito.

TERESITA. –¿Quién sos, mi amor?

TITO. –El periodista más destacado del Diario *La Región*: Carlitos Tomatis.

TERESITA. –Dice que es Carlitos Tomatis.

GORDO. –El alter ego de Saer. Pura ficción. Nos quiere joder.

TITO. –Hacé memoria, dramático. Estoy ante el histórico Club del Orden. Institución fundada por los constituyentes de 1853 y posterior refugio de la oligarquía ganadera de la zona. Edificio volado en la década del setenta por los incorregibles montoneros. Diez de la mañana de un día cualquiera. Saltamos de las sillas en el Vespertino y se nos enredaron los dedos en la Olivetti. Se derrumbó como una torta de casamiento. Dedo en el culo del mismísimo poder.

GORDO. –¡Qué vas a ser Tomatis, vos! Si hablás como un carrero.

TITO. –No te pongás borgeano, pelotudo. Esto tenías que contar en tu dramaturgia de mierda. Esto y resolver el enigma de dónde está la cabeza de Ramírez. Pero te fuiste para el lado de los tomates con tus actores de provincia.

GORDO. –Vos sos Tito, cabrón.

TERESITA. –¿Qué chévere que sos Tito! No te sacaste los tiradores, sos vos, ricura.

TITO. –Dejá de hablar como un alfajor centroamericano, Pepona. Soy Carlos Tomatis y camino por la San Martín de “Glosa” y no por este patético remedo. Me cago en

tu dramaturgia de urgencia, Gordo. A mí me escribe Juani Saer y hay olor a dinamita. Y me paga. Cobro dos sueldos: como personaje literario y como cadáver de la Facultad de Medicina.

TERESITA. –No hagás escándalo, Tito, que va a venir la Policía.

TITO. –¡Y que venga! Si yo tomé la Comisaría Segunda con una cuarenta y cinco en la mano y apoyado por dos colectivos de borrachos.

GORDO. –Decile a Saer que te escriba más sereno.

TITO. –No, les voy a decir a los Montos que te vuelen la trama, por pelotudo.

TERESITA. –Correte, Tito, que están sacando una heladera del negocio.

TITO. –Son los restos del naufragio del setenta. Arrivederci.

TERESITA. –Arrivederci.

GORDO. –¿Se fue?

TERESITA. –Va escondido atrás de la heladera. Parece Groucho Marx.

GORDO. –Sí, es marxista.

#### ESCENA 14

*(Tito aparece, los corre y los detiene de mal modo).*

TERESITA. –¡Eh, che! No tirés así, animal. ¿O nos querés tirar a la mierda con carrito y todo?

TITO. –Decime, Gordito... ¿Vos, el Pelado, la Pepona ésta y todo tu elenco, no se habían venido abajo con un avión en la gira por Colombia?

GORDO. –Ese es Gardel, Tito.

TITO. –Ah, Gardel... ¿Y vos no sos Gardel?

TERESITA. –No, es Le Pera y yo, Azucena Maizani.

TITO. –Vos sos la pepona y callate. ¿Y entonces, Gordito, por qué cada día cantás mejor?

GORDO. –¿Qué canto mejor?

TITO. –A la cana y al pasquín de la tarde. Les dijiste que yo estaba muerto. Muerto ¡las pelotas! ¿Entendiste, Alfredito? ¿Y vos también, Azucena pepona?

GORDO. –Gardel sos vos, Tito. Por eso te están matando desde hace tiempo. No soportan tus éxitos.

TITO. –Y claro. Si cada día canto mejor. Soy el buchón del suburbio. ¿Tenés un cigarrillo, Alfredito?

TERESITA. –No fuma más. Le incomoda el respirador.

TITO. –¿Y cómo cantás entonces, Carlitos?

GORDO. –Por el culo.

TITO. –No seas guarango que hay una dama.

TERESITA. –Estoy acostumbrada.

TITO. –Claro... Tanto teatro del absurdo.

GORDO. –El absurdo sos vos.

TITO. –Chocolate por la noticia, Alfredito.

TERESITA. –¿Querés un chocolate? Tengo.

TITO. –Bueno. Más vale pájaro en mano que una bandada de ex fumadores.

GORDO. –Nos estamos metiendo en el profundo sur.

TITO. –Pónganse las galochas así no pisan tanta sangre.

TERESITA. –Sí, se fue.

GORDO. –¿Adónde?

TERESITA. –Atrás de la heladera.

GORDO. –¿Otra vez?

TERESITA. –Juega.

GORDO. –Los locos no sienten el frío del agua.

TERESITA. –Son felices.

GORDO. –Quizás.

TERESITA. –Seguro.

GORDO. –¿Por qué parás?

TERESITA. –Para escuchar el panorama informativo de la tarde.

GORDO. –¿Qué dice?

TERESITA. –Que el agua, como una bufanda, abraza a todo el oeste de la ciudad y corre hacia el sur.

GORDO. –Como una bufanda.

TERESITA. –Aún se desconoce el tamaño de la catástrofe.

GORDO. –Como una bufanda.

TERESITA. –Lo peor es que nuevas lluvias...

GORDO. –Seguí.

TERESITA. –¿Adónde?

GORDO. –Hacia el sur.

TERESITA. –No puedo.

GORDO. –¿Por?

TERESITA. –Se me acalambraron las piernas.

GORDO. –¿Estás cansada?

TERESITA. –Me da miedo.

GORDO. –Seguí, Tere.

TERESITA. –Sí, sí, sigo.

## ESCENA 15

GORDO. –¿Qué mirás?

TERESITA. –La heladera. El Tito ya no está detrás de la heladera.

GORDO. –¿Y qué hay con eso? El Tito nunca está más de dos minutos en ningún lado. Dejá de darte vuelta ¿querés?

TERESITA. –Está detrás nuestro. Viene con otros. Uno es el Negro Flores, estoy segura; el otro es Pacheco Ramos, creo. Y se ríen los tres. Nos miran y se ríen. Como si fuéramos un par de tarados que van en el sentido contrario.

GORDO. –¿Pero se escucha lo que dicen?

TERESITA. –La palabra “utópicos”. La dijo uno, la repitió el otro y la subrayó el tercero.

GORDO. –No hay duda, hablan de nosotros.

TERESITA. –¿Pero y por qué se ríen de nosotros?

GORDO. –Es lógico. Todos están disparando para el norte, lo único que pronto será el único presente... y nosotros hacia el sur, al pasado.

TERESITA. –Pero los tres saben por qué lo hacemos. Les dijimos que nos estábamos despidiendo.

GORDO. –Nadie cree en las despedidas de los artistas. Siempre se piensa que están buscando el último aplauso. Uno de ellos tiene la sabiduría que da la locura, el otro la que da la crítica y el último, la de conocer el oficio. No nos pueden creer. Piensan que estamos haciendo el gesto heroico hasta que nos colguemos de una lancha que vaya hacia lo seco.

TERESITA. –¿Entonces de qué valió nuestra coherencia? Si ellos que nos conocen no nos creen ¿qué queda para los otros? ¿Quién nos va a creer?

GORDO. –Nadie. Estamos destinados a desaparecer sin hacer ruido.

TERESITA. –Se pararon. No avanzan. Nos aplauden.

GORDO. –Algo logramos: un aplauso piadoso.

TERESITA. –Tengo miedo, Gordo. Todos van para el norte, menos nosotros.

GORDO. –Siempre fuimos contra la corriente. Suerte de artistas.

TERESITA. –Llegamos a la altura de calle Corrientes y hacia el final se ve el brillo de la creciente.

GORDO. –Si pudiéramos demorarnos te describiría la Taberna de Juanito que estaba en esta esquina.

TERESITA. –No la recuerdo. ¿Qué tenía de singular?

GORDO. –Era el refugio de los españoles republicanos. Gente que como nosotros tuvo que olvidar a los suyos.

TERESITA. –Contame. Contame mientras seguimos avanzando.

GORDO. –“Vive Dios, que ya no existe, en la amistad de la taberna...” Creo que estaba escrito en una de las maderas lustrosas que ocultaban las paredes. Muchos de ellos eran intelectuales corridos por Franco. La madre de uno de ellos, era la dueña de la taberna y del hospedaje en la planta alta. En la década del sesenta, Quevedo o Sartre andaban de mesa en mesa.

TERESITA. –Yo no conocí tanto porque era más del norte, más humilde.

GORDO. –En el sur siempre estuvo la cultura y el poder, que es como decir: dulce y salado. ¿Me escuchás? ¿Qué estás mirando?

TERESITA. –Que el brillo es cada vez más fuerte.

GORDO. –Vamos a llegar a la Plaza de Mayo con el agua por los tobillos.

TERESITA. –El carrito se está poniendo pesado.

GORDO. –No es el carrito, son las cosas que vamos dejando atrás.

TERESITA. –¿Aquel que está parado en la otra cuadra, con ropas del siglo pasado, no es el Tito?

GORDO. –No alcanzo a distinguirlo pero se me hace imponente.

TERESITA. –Tiene la pose de Juan Francisco Seguí en el cuadro de Alise sobre los Constituyentes.

GORDO. –El gran olvidado.

TERESITA. –¿Qué?

GORDO. –Que Seguí, dice el Tito, es el gran olvidado por esta ciudad feudal.

TERESITA. –¿Y por qué deberíamos recordarlo?

GORDO. –Torció la historia nacional.

TERESITA. –Esa noche. La noche que está representada en el famoso cuadro.

Zuviría había dejado la presidencia en manos del joven santafesino, Juan Francisco Seguí, y éste, entre gallos y medianoche, hizo que se proclamara la Constitución contra el gusto de Buenos Aires. Así lo cuenta Joaquín V. González en una carta que le mandó al pintor para felicitarlo por saber captar ese instante histórico.

TERESITA. –¿Y por qué lo olvidaron?

GORDO. –Se peleó con los pesos pesados de su tiempo. De naturaleza rebelde. Como yo, dice el Tito.

TERESITA. –Ahora entiendo. Se paró en el medio de la calle como si fuera el medio del cuadro. Y nos ve. Se sonrío y nos ve.

GORDO. –Debe haber sacado las ropas del museo de los franciscanos. El museo de cera que reproduce el cuadro y el cuadro que reproduce aquel momento histórico.

TERESITA. –Se nos viene.

TITO. –No quedó un franciscano. Rajaron. Los constituyentes se están derritiendo, se ve que la cera no aguanta el agua. Está El Chijí, el perro del Chijí y los constituyentes boyando en el agua. Le saqué la ropa a Seguí y me la puse. Ahora estoy vestido como para tomar la Casa de Gobierno. Hay dos canas con salvavidas y un mendigo. Están arriba de los bustos. Vos me nombrás Gobernador, yo te nombro Ministro, a la Pepona la nombramos primera dama de la Provincia y a los canas le firmamos un salvoconducto para afanar lo que les venga en ganas. Los jesuitas también rajaron. Ni un Cristo se llevaron. Los Cristos tienen el agua en los sobacos y las vírgenes hasta la coronilla. Al Brigadier también lo abandonaron en la hornilla de cenizas, es el momento de preguntarle por la cabeza de Ramírez ¿no te parece?

TERESITA. –¿Está todo inundado?

TITO. –No. Estoy jodiendo. Pero éste es el panorama para dentro de un rato. Porque en la Cancha de Colón ya tapó los arcos me dijo un loquito que es del barrio Centenario.

GORDO. –Tengo los pies mojados.

TERESITA. –Hace más de una cuadra que caminamos sobre el agua. Vos no te diste cuenta porque estás más alto sobre el carro.

TITO. –Sobre este tipo tendrías que haber escrito, vos. Poner sobre el tapete el puterío que tuvo con Urquiza. O sobre los jesuitas y los siglos de expulsión. Ahora ya es tarde, dramático. Si sobrevivís, contate la creciente. Va a ser una pieza muy leída en los servicios meteorológicos.

GORDO. –Yo escribí lo que pude.

TITO. –Y escribiste mucho al pedo. Bueno, muchachos...

TERESITA. –No te vayas, querido. Las últimas cuadras tenemos que estar juntos.

TITO. –¿Por qué?

TERESITA. –Por cábala.

TITO. –Sos divina, Pepona. Vas a quedar de linda con los vestidos flotando. Vas a parecer un camalote.

GORDO. –Y vos una caña tacuara, Tito.

TITO. –Y vos, Gordito, un pollo mojado. Un pollo mojado al que se le va derritiendo el maquillaje sobre las plumas.

TERESITA. –Sobre la plaza anda un helicóptero.



TITO. –Es el Gobernador. Anda con un par de compañeros mirando dónde ponen el tapón para que no entre el agua. Pónganselo en el culo, les grité yo. Chau, Tito, me contestaron. Con el ruido de las aspas no escuchan la voz del pueblo.

GORDO. –¿Hay canoas, hay lanchas?

TITO. –La pobre gente se rompe el alma.

TERESITA. –Eso es lo que va a quedar de todo esto.

TITO. –Mirá lo que publicó *La Región*: “Hoy estas ruinas son el espejo de lo que hemos sido capaces”.

GORDO. –¿Son tan críticos?

TITO. –No, no están hablando de esta ciudad. Están hablando de la vieja ciudad y de un convenio para declararla patrimonio universal. Pero viene como anillo al dedo ¿no?

TERESITA. –Sos loco.

TITO. –Y a mucha honra.

GORDO. –¿Yo estoy borracho o por calle General López acaba de pasar una lancha?

TITO. –Venecia. Llegamos al primer mundo, como decía mi paisano.

TERESITA. –¿Vos sos árabe?

TITO. –A veces.

GORDO. –Todos los hombres somos a veces algo.

TITO. –Te pusiste existencialista.

GORDO. –Me puse triste.

TITO. –Yo, si sigue la creciente, me vuelvo al cementerio.

TERESITA. –¡Qué vivo que sos vos!

TITO. –No, vivo no... muerto soy.

GORDO. –Ahí pasa otro helicóptero.

TITO. –Ese es el de la televisión, pongan cara de famosos.

TERESITA. –¿Ya llegaron?

TITO. –La televisión es como Dios...

GORDO. –...está en todas partes.

TITO. –Bien, bien. ¿Ves como vas enderezando tu dramaturgia? Un par de catástrofes más y vas a escribir con los cánones del realismo socialista.

TERESITA. –Ay, Tito, qué lástima que estás muerto.

TITO. –Los espero.

GORDO. –Allá vamos.

TERESITA. –¿Qué hacés, Gordo? Te paraste.

GORDO. –¿En serio?

TITO. –Sí, estás parado en tus dos patas.

GORDO. –¡Milagro!

## ESCENA 16

TERESITA. –¿Qué hacés, Tito?

TITO. –Me llevo el carrito.

TERESITA. –¿Adónde?

TITO. –Al Museo Provincial.

TERESITA. –¿Para qué?

TITO. –Para plantarles pistas falsas a los historiadores venideros. Le pego un papel que diga “Sillón de Iriondo” y van a empezar a revisar todo el siglo veinte de la pequeña ciudad sudamericana. “La parálisis del Dr. Simón de Iriondo” será el libro que escriba algún idiota en la próxima centuria.

GORDO. –¿Se fue?

TERESITA. –Con el carrito.

GORDO. –¿Sabés por qué estoy de pie, Teresita? Porque ha llegado el momento de la verdad, como dicen los toreros. Empezamos a perdernos en el agua y habrá que hacerlo de pie y con la frente bien alta.

TERESITA. –¡Qué raro, Gordo! Siempre te destacaste por ser un tipo dubitativo y hoy, en medio de la catástrofe, no te tiembla el pulso.

GORDO. –Será así. Que los hombres sencillos nos agigantamos en la desgracia; mientras que los otros, los protagónicos, desaparecen.

TERESITA. –Aunque ya tengo las medias bien mojadas, te voy a seguir en tu pasión.

GORDO. –Pero no veo nada heroico en todo esto. Es pura lógica: desaparece mi paisaje cotidiano y tengo que desaparecer también yo... ¿Y el Tito?

TERESITA. –Camina desnudo por los techos de la Casa Gris y un puñado de cartoneros lo aplauden. Tiene un cartel sobre la zona pudorosa que dice: “El estado soy yo”.

GORDO. –Dentro de cien años la historia va a recordar al Tito en bolas, mas no al Gobernador de turno.

TERESITA. –Se acaba de colocar de espaldas, en una acción riesgosa por el estado calamitoso de los techos gubernamentales y muestra otro cartel por detrás.

GORDO. –¿Qué dice este otro, qué?

TERESITA. –“Este me tapa el culo”

GORDO. – Respeta los cánones del realismo socialista. ¿Y los cartoneros?

TERESITA. –Aplauden emocionados y sonrientes. Ahora el Tito ha comenzado a arengar a los pobres.

GORDO. –Siento el agua en las rodillas. De golpe siento el agua en las rodillas. La creciente es otra hiperinflación. No ganamos ni para susto.

TITO. –“El que abrió la canilla no fue Dios, fue el que manda. Hay demasiados pobres en la Ciudad de Garay, piensa el poder. Con unos cuantos litros nos ahorramos unos cuantos problemas sociales, dicen ellos. Ustedes vayan a las casas de estos truhanes y róbenles hasta sus mujeres porque todo lo que tienen es de ustedes”. “He dicho”. “Soy Tito, el magnífico”. “No me voten”. “Bótenlos a ellos pero con be larga”. “Cartoneros del mundo, uníos”.

GORDO. –Buen discurso, Tito.

TERESITA. –No te escucha porque lo están aplaudiendo a rabiar.

GORDO. –En una de esas, esta tragedia sirve para algo.

TERESITA. –El Tito se está bajando como puede, a las disparadas, porque los canas le tiran con munición de goma y él les grita.

GORDO. –¿Qué?

TITO. –“Viva el Rey Simeón de Bulgaria”.

GORDO. –El Tito vuelve a sus antiguas convicciones.

TERESITA. –¿Monárquicas?

GORDO. –Anarcas.

GORDO. –Vayamos allá. Crucemos la General López. Entremos al profundo sur. Empujá contra el agua.

TERESITA. –No estábamos locos, Gordo.

GORDO. –¿Por?

TERESITA. –Porque viene una lancha por General López. Cargada de autoridades: El arzobispo, los jueces de la Corte y varios legisladores.

GORDO. –¿Y cómo los conocés?

TERESITA. –No los conozco pero estoy segura de que son ellos.

GORDO. –¿Por?

TERESITA. –Por la manera de saludar a los cartoneros.

GORDO. –¿Y el Tito?

TERESITA. –Viene hacia nosotros.

GORDO. –¿Y los canas?

TERESITA. –Se refugian de la llovizna en el hall de la Casa de Gobierno y tiran tiros al agua.

GORDO. –Nadie se salva. El agua pone loco a cualquiera. ¡Guarda! Subite a la vereda de la Plaza porque esos autos se están moviendo y van a empezar a flotar como juguetes.

TERESITA. –Ahí viene el Tito. Ojo, querido, que la correntada está detrás de ti.

GORDO. –Nadá, Tito. Nadá.

TITO. –Estuve a punto de tomar el poder.

GORDO. –¿Por qué te sacaste toda la ropa?

TITO. –Tengo que flotar. No puedo morir dos veces.

TERESITA. –La teoría no es desatinada. Mi abuelo, no el albañil dudoso; el otro, el criollo, siempre decía que en la inundación del cinco, él y los otros muchachos de su inquilinato se quedaron en calzoncillos largos y salvaron a una familia entera... ¡Agárrense de las palmeras...! Pero mi abuelita le retrucaba: “Mis hermanas y yo flotamos por tanto calzón y enagua”.

GORDO. –La inundación del cinco llegó a la Calle Comercio... ¡Over, nadá over, Tito!

TITO. –No sé nadar pero estoy bien agarrado de la Pepona.

TERESITA. –¡Vos sos un vivo!

TITO. –Si no le hubiesen cambiado el nombre, lo nuestro sería la epopeya de Calle Comercio.

TERESITA. –¿El agua seguirá hacia el norte?

TITO. –Y, sí. De acá baja en pendiente.

GORDO. –¡La puta que los parió! Se me perdió el respirador, se lo está llevando el agua.

TITO. –Después te comprás uno en Paraná o en Rosario, ahora agarrate de la palmera porque el que se va a perder sos vos.

TERESITA. –¿Entonces se perderán cuatro siglos de esta pobre ciudad y unas cuántas décadas en donde nosotros fuimos sus artistas? Quisiera mirar atrás.

TITO. –Te va a hacer mal, Pepona. Vos sos dulce y el agua es salada.

GORDO. –¿Y las ropas de Juan Francisco?

TITO. –En el sillón del que manda. Que por una vez gobierne la decencia.

GORDO. –¿Vos sabés quién era Juan Francisco?

TITO. –Lo intuyo. Se sabe poco. Esa caterva de escribas nacionalistoides lo fue borrando al pobre muchacho...Qué linda manito que tenés, caraqueña. Manito de muñeca... Fue el que le escribió los discursos al Brigadier cuando asoló a Buenos Aires y después Secretario del padrillo Urquiza cuando se jugaron las batallas decisivas. Habrá sido masón porque los jesuitas no lo querían.

TERESITA. –De mi mano ya te soltaste.

TITO. –¡Carajo! ¿Y de qué estoy agarrado?

GORDO. –De algún ahogado.

TITO. –La boca se haga a un lau.

GORDO. –A nosotros también nos va a borrar la caterva.

TERESITA. –¿Por qué lo decís?

GORDO. –Porque no somos creyentes.

TITO. –No era un ahogado, eran los chorizos de algún choripanero del Parque. Tengo la mano grasosa.

TERESITA. –Ay, Gordo... a veces te parecés a un chico confundido... Ser creyentes no es ser como ellos... En lo que nosotros creemos hay más verdad que en lo que ellos creen.

TITO. –Eso me gusta de la Pepona, la fe que tiene. Volvió a un país que la trató como una perra y ahora vuelve a esta ciudad que le dio la espalda.

GORDO. –No se suelten de las plantas o vamos a ir a parar contra los ventanales de Tribunales. El agua viene cada vez más fuerte. Como con rabia.

TERESITA. –Pero no soy Juana de Arco, Tito. A veces es más difícil estar afuera que adentro. Y lo que duele de cerca, de lejos duele más todavía.

TITO. –Con vos me caso, Pepona. Me seco, resucito y me caso.

GORDO. –Si seguimos parloteando nos vamos a desnucar contra el portón de la Catedral.

TITO. –No abrió el portón, el Rosadito. Ni para los pobres ni para las desgracias. Cuando vio que venía el agua, paró la misa, cerró la puerta y rajó en una lancha. ¡Solidario, el camarada...! Si Cristo anda en algún helicóptero, lo va a terminar poniendo al Chijí de Arzobispo o al perro del Chijí.

GORDO. –¡Hay que hacer algo!

TITO. –¿Nos ponemos a buscar la cabeza de Ramírez?

GORDO. –No.

TERESITA. –¿Recorremos por última vez los museos?

GORDO. –Tampoco.

TITO. –¿Entonces qué, dramático?

GORDO. –No sé qué.

TITO. –Si no te decidís, me rajo a la mierda.

GORDO. –Ya estamos, Tito.

TERESITA. –En las afueras de Caracas, cuando las aguas se llevan todo por delante, los pobres suben a los morros y cantan en medio de sus lágrimas por todo lo que vivieron en eso que se pierde. No es triste. Tampoco es alegre. Es un canto que supera a lo que pasa.

TITO. –“Un canto que supera a lo que pasa...” Precioso, Pepona... Si te hubiese conocido antes, hubiese perdido mi honorable soltería.

GORDO. –¡Eso! “Un canto que supera a lo que pasa...” Busquemos la cota más alta... No hay que andar mucho... Está ahí... A las puertas del Convento de San Francisco.

TERESITA. –¿El de la Iglesia hermosa, toda de madera?

TITO. –Sí, la que hicieron los indios trabajando como negros.

TERESITA. –¿Dónde estaba?

GORDO. –Allá. Un poco más al sur.

TITO. –Nademos hasta donde llega el agua embravecida.

GORDO. –A espaldas del poder.

## ESCENA 17

TITO. –Ya estamos. ¿Ves?

TERESITA. –Acá hacíamos teatro al aire libre. Época de oro de los independientes. No nos soltemos o nos vamos a perder.

GORDO. –Época de oro... como dice Pacheco Ramos.

TITO. –¿El que se tragó un carozo?

GORDO. –No, el crítico.

TITO. –Ah, entonces eran ustedes los que se tragaban el carozo.

TERESITA. –Sí, nosotros. Temblando esperábamos las críticas, como las notas en la escuela. Yo acá hice “Alto y verde matrimonio” de Mateo Booz y “El pino verde” del poeta Pedroni.

TITO. –Escuchá, Gordo. Los precursores de la dramaturgia propia, como te gusta decir a vos.

GORDO. –Y vos no te soltés, tarado.

TERESITA. –Era una muchachita. No conocía ni los nombres de las calles. Venía al centro en el Diez, un colectivo verde. Ahí empecé a escuchar a hablar de Stanislavsky y me costaba meterme en personaje...

GORDO. –Eso, eso... Subamos al monumento a Garay... Acá el agua no nos tapa... Escuchen como grita la gente, parecen pájaros.

TITO. –Son los del Centenario. Gritan como en los goles de Colón.

GORDO. –Pero goles terribles...

TITO. –Está oscureciendo.

GORDO. –Prenden antorchas. Antorchas que se reflejan en el agua. Y esos gritos horribles.

TERESITA. –...Una vez, con el asunto de la memoria emotiva, como yo tenía que entrar a escena llorando, antes pensaba en mi abuelita que se había muerto hacía poco, y un día no entré; me vinieron a buscar entre cajas y me preguntaron qué me había pasado. “Se murió mi abuelita” decía yo y lloraba.

GORDO. –Se oyen llantos. Gritos y llantos.

TITO. –“Alto y verde matrimonio” sucedía en Alto Verde, esa isla de enfrente, la de los pescadores, la que antes era la única que se inundaba cuando crecía el Paraná. No como ahora que creció el Paraná, el Salado y cualquier lagunita hija de puta de cien kilómetros a la redonda.

TERESITA. –Ahora sí que los muñecos de los constituyentes deben estar boyando en el agua con los Cristos y las vírgenes, como decía Tito... Ay, no puedo escuchar esos gritos, parecen pájaros ciegos.

GORDO. –Las últimas palabras son tuyas, Tito.

TITO. –¿Y qué digo?

GORDO. –Lo que te venga en ganas.

TITO. –¿Pero que hable de qué?

GORDO. –De lo que va desapareciendo. De eso que desde ahora no dejaremos de mirar. Que el agua nos devore con la mirada puesta en todo lo que cruzamos.

TITO. –Que se sepa. Nunca creí en el teatro, tampoco en la cultura y menos en la política. Las únicas satisfacciones de esta vida me la dieron las chicas de la calle y los locos de remate. Por lo tanto, que se sepa, no le debo nada a nadie; a unas les pagué y a los otros los comprendí. He sido bueno y malo. Tan bueno como Cristo y tan malo como Satán. Fui artista, simpático, intelectual de izquierda, bien proporcionado, monárquico progresista, soñador, ahorrativo y, una vez, cuando los vi a ustedes representando una escena como lo hacemos ahora, quise ser actor de provincia. Pero en la vida no se puede todo. Yo: loco; ustedes: haciéndose los locos. Por eso no sé si uno vive o se hace el que vive. No importa. La vida es linda y eso se sabe con la muerte. Por eso, que se sepa, que lo mejor ya pasó. Ahora que se venga el agua con todo y telón.

TERESITA. –¿Qué hacemos, Gordo? ¿Seguimos agarrados a Garay?

GORDO. –“Un canto que supere a lo que pasa”.

TERESITA. –¿Cantamos?

GORDO. –Sí.

TITO. –No se oye nada. Los gritos nomás.

TERESITA. –Se oye bien clarito.

TITO. –¡Ah, sí! Ahora sí que se oye.

GORDO. –Es un hermoso canto el del agua.

TERESITA. –La mirada en el agua, la mirada en el agua....

TITO. –La mirada en el agua, la mirada en el agua...

GORDO. –Hace una década, después de actuar en el Festival Quijote, el petiso Jiménez nos llevó en una combi hasta el Arco de la Defensa para que viéramos París desde lo alto. Estaba toda iluminada la Ciudad Luz. Más que hermosa... Entonces yo le dije al español: “El día que vengas a nuestra ciudad, te la vamos a incendiar...” Pero no va a ser necesario, Luisito va a prender la tele en París y la verá bajo el agua, le parecerá impresionante... A lo mejor, él y los otros que han visto nuestros espectáculos, en esa imagen dantesca comprendan todo lo que queríamos decir... Y el agua se llevará el ropaje de los actores de provincia que hemos sido, nuestra zorra ferroviaria, nuestro criadero de pollos, nuestras fotos, nuestras críticas y el último parlamento: “El pasado es una llanura borrada por el agua”.

*(Apagón final).*

**FIN**